

Franco Berardi Bifo, *Héroes*, traducción de Pilar Cáceres, Madrid, Akal, 2016, 208 pp.

*Héroes*, de F. Berardi Bifo, es un libro que tiene origen en la reacción del autor ante el conocimiento de James Holmes y la matanza de Aurora, sucedida en 2012, cuando este último inició un tiroteo durante la proyección de la última película de Batman. De este modo, envuelto entre la inquietud producida al experimentar la densidad metafórica de la disolución de la frontera entre el espectáculo y la vida real, se sintió empujado a analizar con gran exhaustividad todo lo relativo al tiroteo, lo cual derivó en un profundo análisis de fenómenos criminales similares. “De ellas deduje que el devenir del mundo actual podría comprenderse mejor si lo observásemos a través de ese tipo de terrible locura, más que a través de la sinrazón de los políticos y los economistas. Por eso me puse a indagar sobre la agonía del capitalismo y sobre el desmantelamiento de la civilización social desde un punto de vista muy peculiar: el del crimen y el suicidio” (p. 8). Así, este libro, partiendo del análisis del asesinato y el suicidio, se sumerge en una realidad más amplia que es la que caracteriza nuestra sociedad contemporánea como un reino nihilista y de instintos suicidas sobre los que operará esta fenomenología del pánico, la agresión y la violencia. El punto de enfoque no se centra, no obstante, en psicópatas sádicos y misteriosos atraídos por el sufrimiento ajeno con el cual experimentan un perverso placer, sino que de lo que aquí se trata es de analizar a los que sufren y se vuelven asesinos dando con ello realidad a su necesidad patológica de publicidad y encontrando una salida a su infierno. Se trata de jóvenes como Seung-Hui Cho, de Eric Harris y Dylan Klebold, de Pekka-Erik Auvinen... Es cierto que muchos expertos creen que el desequilibrio de neurotransmisores causa depresión y otros desórdenes mentales, pero tal vez la neuroquímica no baste para explicar de forma satisfactoria la depresión y otras dolencias psíquicas, tal vez sea necesario establecer un marco más amplio que dé cabida al contexto sociocultural. Como el propio Bifo nos señala: “La excepcionalidad del desplome de las Torres Gemelas en una nube de polvo, precipitado por el suicidio de diecinueve musulmanes, es sin lugar a dudas la imagen evento más espectacular e impresionante que inaugura nuestra era. Sin embargo, puede que la masacre de Columbine exprese un mensaje todavía más sorprendente, ya que habla de la vida cotidiana y de la normalidad norteamericanas; de una sociedad que anda a trompicones en busca de imposibles certezas” (p. 142). Para él, mientras que el capitalismo se basaba en la explotación de la energía física, el semiocapitalismo consiste en la sumisión de la energía nerviosa de la sociedad. Por tanto, el crecimiento no puede entenderse como un fenómeno económico, sino que consiste en un concepto cultural ligado a una visión del futuro como expansión infinita. En *Los límites del crecimiento*, un libro publicado en 1972 por el Club de Roma, se afirmaba la necesidad de reestructurar la producción social de acuerdo con la naturaleza finita de los recursos naturales de la Tierra. Pues bien, al plantearse esta necesidad, la respuesta del capi-

talismo consistió en instigar una transformación cognitiva en la producción creando una nueva esfera semicapitalista que diera lugar a nuevas posibilidades de expansión aparentemente ilimitadas. Pese a que la productividad del cerebro conectado a la red sea potencialmente infinita, los límites de la intensificación de la actividad cerebral siguen estando inscritos en el cuerpo afectivo del trabajador cognitivo: estos límites son la atención, la energía psíquica y la sensibilidad. Mientras que las redes han supuesto un salto en la velocidad y en el formato de la infoesfera, no se ha producido, en cambio, un avance similar respecto a la velocidad y la forma de recepción mental. Los receptores, los cerebros humanos de los seres de carne y frágiles órganos físicos, no se formatean según el estándar de un sistema de transmisiones digitales. El tiempo de atención disponible de los infotrabajadores disminuye de manera constante, ya que han de realizar un número de tareas cada vez mayor que ocupa todos los fragmentos de atención de los que disponen. Toman Viagra porque no tienen tiempo para los preliminares sexuales; consumen cocaína para seguir estando alerta y reactivos; y Prozac para bloquear la conciencia de que su actividad laboral y su vida carecen de sentido. En el marco de una evolución antropológica a largo plazo, el capitalismo contemporáneo podría entenderse como el punto donde se trasciende al humanismo. De este modo, la ética de la responsabilidad, el discurso hipócrita sobre la participación y la colaboración son dominantes en la vida política y cultural del presente. Se invierten las energías físicas y las expectativas en el trabajo como respuesta a vida intelectual y afectiva pobre, así como ante un profundo malestar. Estamos atrapados. El trabajador industrial, a quien se obligaba a repetir el mismo gesto mil veces al día, no tenía motivos para identificarse con su trabajo; invertía sus energías psicológicas en solidarizarse con los compañeros de trabajo, y su mente era libre de odiar la cadena de montaje o de entretenerse con pensamientos al margen de su esclavitud diaria. La burguesía moderna encarnaba los valores humanistas de emancipación del destino teológico, siendo el capitalismo burgués un producto de la revolución humanista. Los esfuerzos de la burguesía por poner fin al absolutismo monárquico tenían por objeto liberar a la empresa privada del control del Estado, pero también limitar el poder regio bajo el imperio de la ley. En ese marco, la burguesía no podía desentenderse del destino del territorio ni de la comunidad de los trabajadores, por estar estos últimos ligados al de las inversiones de la burguesía. Trabajadores y burguesía compartían el mismo espacio urbano y el mismo futuro. Sin embargo, con la llegada del capitalismo financiero y el surgimiento de una clase virtual sin identidad territorial se produjo al mismo tiempo un proceso de desregulación. La globalización del comercio corporativo ha obstaculizado y en última instancia imposibilitado todo control legal sobre su actividad global. La soberanía del Estado-nación fue cediendo paso a que las corporaciones globales pudiesen actuar con total libertad, sin tener que rendir cuentas a la autoridad local y pudiendo mover de un lugar a otro sus activos inmateriales. Por otra parte, al mismo tiempo se fue destruyendo el poder organizado de los trabajadores, permitiendo la reducción general de los salarios, una mayor explotación y el debilitamiento de la negociación de las condiciones laborales y del tiempo de trabajo. Y es así como finalmente la tradición humanista, basada en un principio en la idea de un destino humano no sujeto a las leyes teológicas o a la necesidad, ha sido destruida. El humanismo renacentista afirmaba la autonomía del espacio humano a partir de las leyes imperturbables de la naturaleza, con lo que la Ilustración supuso un regulador racional de dicho espacio humano autónomo. Consecuentemente, el legado político socialista del siglo XIX

representó la afirmación de las posibilidades de que la justicia y la igualdad no estuvieran fundadas en la naturaleza sino en la razón y en la compasión, es decir, en una capacidad para compartir los mismos sentimientos, el mismo sufrimiento, los mismos objetivos. Una civilización social cuyo objeto no era sino el de poner fin a las guerras interminables. De este modo se produjo una mixtura entre vida social y naturaleza. Por el contrario, basándose en la idea de que solo sobrevivieron los fuertes mientras que los débiles están condenados a fracasar, la ideología neoliberal aniquila la distinción humanista del ámbito de la ley natural y el de la razón moral. Las relaciones humanas, absorbidas por las relaciones meramente económico-técnicas, siguen las leyes naturales de la autorregulación, por lo que no hay necesidad de intervenir para regular nada, ni por parte del Estado-nación ni de cualquier máquina política. La humanidad queda así carente de cualquier privilegio, en la medida en que ahora todo se decide por lo técnico, en que el capital se ha independizado de lo humano. La vida social en su conjunto queda reducida a las pulsiones del mercado en su estado puro. *La humanidad está sobrevalorada*. Tras el efecto combinado de la enorme acumulación de capital y la desterritorialización del proceso de producción se ha puesto punto final al carácter burgués del sistema económico. La producción y el intercambio de signos abstractos han sustituido en gran medida al proceso de acumulación: el semicapitalismo ha reemplazado al capitalismo industrial. La abstracción financiera es sólo la manifestación extrema del predominio de la semiosis en comparación con la producción de bienes físicos. Al trabajador cognitivo se le ha engatusado para que caiga en la trampa de la creatividad: sus expectativas están subordinadas al chantaje de la productividad porque se le obliga a identificar su alma (y el núcleo lingüístico y emocional de su actividad) con su trabajo. Los conflictos sociales y la insatisfacción son percibidos como fracasos psicológicos que traen como consecuencia la destrucción de la autoestima. La ética solía estar basada en la proximidad del otro. Implicaba necesariamente un sentido de la solidaridad, la percepción de que había una comunidad a la que se pertenecía, un territorio, un destino compartido y la aspiración de la búsqueda colectiva de un futuro en común. Han desaparecido todos estos cimientos de la ética moderna. La clase capitalista postburguesa no se siente responsable de la comunidad ni del territorio porque el capitalismo financiero está completamente desterritorializado y no le interesa el futuro bienestar de la comunidad. Por otra parte, los trabajadores de la época postfordista ya no comparten los mismos intereses, sino que, al contrario, están obligados a competir cada día entre ellos por un puesto de trabajo y un salario en el terreno desregulado del mercado laboral. Dentro del marco de esta nueva organización precaria del trabajo, resulta muy difícil generar solidaridad. Estamos en el espacio del capitalismo absoluto, producto del proceso de desregularización neoliberal, en el cual los únicos principios regentes son los de la acumulación de valor, el crecimiento de beneficios y la competencia. Ahora, una epidemia de infelicidad se está extendiendo por todo el planeta al mismo tiempo que el absolutismo del capital reafirma su derecho a controlar nuestras vidas sin ningún tipo de restricción. A medida que el biosemicapitalismo se infiltra en las células nerviosas del organismo consciente y sensible, inculca en ellas la lógica tánato-política, un sentimiento mórbido que progresivamente está tomando el control sobre el inconsciente, la cultura y la sensibilidad conectivas. En este proceso, la lengua es capturada en la máquina conectada en red y convertida en una actividad fundamentalmente productiva. Aquí reside la trampa, se incita a la gente a creer que su competencia lingüística es un factor de competencia económica,

y a gestionarla e invertir en ella como tal. La creatividad, la expresividad, el afecto, la emoción, se consideran factores productivos y, como consecuencia, son evaluados según los estándares de productividad. La explotación, la competencia, la precariedad, el cese de empleo no se perciben como efectos de una relación social conflictiva, sino que se internalizan como deficiencias del sujeto y como incompetencia personal. La incesante reestructuración de la organización del trabajo es percibida como una forma de humillación y brutalidad. Y es de este modo como, mientras que en la tradición clásica el héroe pertenecía a la imaginación épica, a un ámbito siempre separado de la tragedia y de la lírica en la medida en que poseía la capacidad de someter naturaleza e historia mediante la fuerza de su voluntad y del coraje, manteniendo alejadas de la ciudad a las fuerzas del caos, la situación dio un giro con la irrupción de dichas fuerzas al poder más la complejidad y la aceleración de los acontecimientos, con lo que el heroísmo épico y la voluntad humana fueron sustituidos por gigantescas máquinas de simulación; de este modo, el espacio del discurso épico fue ocupado por las semicorporaciones, aparatos capaces de emanar ilusiones ampliamente compartidas. Los héroes clásicos no tienen cabida bajo la forma de nihilismo contemporáneo que parece prevalecer en la cultura y en la práctica de la clase gobernante de hoy, el cual se diferencia de ese nihilismo constructivo y hermenéutico del que nos hablase Heidegger en sus lecciones sobre Nietzsche. Se trata, podríamos decir, de una forma de nihilismo aniquilante que produce de manera activa un efecto nihil. El nihilismo hermenéutico tenía su origen en la constatación de que el mundo no es un lugar que encarna una esencia ontológica o que revela una verdad moral, sino que es el lugar donde la actividad consciente de los hombres crea significado de manera continua. Y, al contrario, el nihilismo aniquilante destruye de forma activa los valores morales y económicos producidos por el pasado, así como la regulación política democrática, proponiéndose en cambio afirmar la primacía de la fuerza abstracta del dinero. El punto de inflexión lo localiza el autor en el año 1977, (año en el cual David Bowie estrena su disco titulado *Héroes*, en referencia al cual se extrae el título de este libro). En 1977 la raza humana, guiada por falsos héroes de engañosa sustancia electromagnética, perdió la fe en la realidad de la vida y en sus placeres y comenzó a creer tan solo en la infinita multiplicación de imágenes. La seducción erótica está cada vez más desconectada del contacto sexual, hasta el punto de haberse convertido en mera simulación. En Europa semejante transición estuvo marcada por la filosofía de autores como Baudrillard, Virilio, Deleuze y Guattari, y por la conciencia de movimientos políticos como el de la autonomía en Italia o el movimiento punk en Londres, y en Norteamérica por la explosión cultural de un movimiento de transformaciones urbanas de la no wave artística y musical. En Japón, en cambio, se produjo sin mediación alguna, como una especie de inexplicable monstruosidad que se convertiría luego en normalidad cotidiana y en un modo de existencia colectiva. Así, la alianza conflictiva entre la burguesía trabajadora y los trabajadores industriales, que había dado origen al sistema de educación pública, a la sanidad, al transporte, al Estado de bienestar, fue sacrificada en el altar del dogma religioso del Dios-Mercado. *God is back*. El crimen ha perdido su carácter secreto y cada vez más exige su lugar en el espectáculo público. Ahora, el semicapitalismo ocupa la esfera de la aleatoriedad del valor, de la ley y del juicio moral, pues a medida que se va institucionalizando, el crimen se despoja de su carácter secreto y exige su acceso al espectáculo. La visibilidad del crimen explica en parte la eficacia y la capacidad persuasiva del poder. Competir significa sometimiento, engaño, depreda-

ción. Culpabilizar a la víctima forma parte del juego: se la culpabiliza por su incapacidad para someterse, engañar y saquear, y por tanto deberá someterse al chantaje de la deuda y a la tiranía de la austeridad. Un claro ejemplo es el del nazismo que había puesto en escena el crimen espectacular como medio para asegurarse el poder absoluto, pero los actos criminales llevados a cabo en nombre de la llamada Solución Final fueron organizados de forma secreta y sin testigos. El mal fue a un tiempo proclamado y negado en nombre de los valores superiores de la familia, de la patria y de Dios. Pero en nuestros días se ha vuelto un lugar común hablar del mal en relación a los mercados financieros. El neobarroco, la ética postburguesa de la desterritorialización de la clase financiera, ha venido anulando progresivamente la antigua ética de la burguesía protestante. Hoy la burguesía ha desaparecido. La desterritorialización está generando una clase postburguesa sin relación alguna con un territorio y una comunidad. Se trata de una clase a la que no le preocupa el futuro de la comunidad territorial, porque siempre habrá otro sitio en otra parte del mundo donde puedan trasladar sus negocios. De alguna manera todo el mundo forma parte de la clase que invierte en los mercados financieros.

En Europa, sometidos a la abstracción de la desterritorialización financiera, se está destruyendo el concepto de Estado de bienestar y de prosperidad, y dando paso al miedo y al resurgimiento del nacionalismo, el etnicismo y la guerra. La atroz cuantificación material del organismo vivo de la sociedad está sentando las bases para una reacción violenta, como hemos visto con los movimientos nacionalistas y xenófobos. Se está propagando el odio contra Alemania en los países mediterráneos, los partidos nacionalistas cada vez son más fuertes en Francia, Hungría, Finlandia, Italia y Grecia, y un número cada vez mayor de ciudadanos manifiesta sus sentimientos racistas, además de que una ola de depresión y desesperación está barriendo todo el continente. El capitalismo financiero se basa en un proceso de desterritorialización continua que está atemorizando a los que se ven incapaces de afrontar la precariedad de la vida diaria y la violencia del mercado de trabajo. Este miedo a su vez provoca la reterritorialización agresiva de los que se aferran a alguna forma de identidad o de pertenencia como única ilusión de refugio y protección. Pero la pertenencia es una proyección engañosa de la mente, una sensación de disimulo, una trampa. La pertenencia no puede demostrarse de forma concluyente sino a través de un acto de agresión contra el otro. El efecto de la combinación entre la desterritorialización en el ámbito del capitalismo financiero y la reterritorialización en el terreno de la identidad está conduciendo a un estado de guerra permanente. La identidad en tanto que no es natural, sino que es un producto efecto de una reificación de la diferencia cultural de la particularidad psicológica, social y lingüística, operando como nuestra marca de reconocimiento de la función que ejercemos en el juego, es el dispositivo perceptual y conceptual que nos otorga la posibilidad del conocimiento. Pero, precisamente en la medida en que la identidad siempre va en busca de sus raíces, a veces confundimos la enunciación con el reconocimiento de los orígenes naturales, al tomar la comunidad donde se produce una comunicación por el lugar de pertenencia. Cuando el relativismo se convierte en culturalismo, cuando la pertenencia se convierte con la fundamentación del derecho, cuando el internacionalismo de los trabajadores es vencido, el universalismo moderno muere y con él el humanismo. Se produce el internacionalismo, que en ningún caso consiste en una solidaridad moral abstracta, que no es mera voluntad política, sino que como consecuencia de esta alienación radical, los trabajadores industriales han sido capaces de crear condiciones culturales

de igualdad, una igualdad que se traduce en vencimiento y en una aceptación de la precariedad y la globalización del mercado de trabajo, y con ello permitiendo el retorno del Volk, tan estúpido y sangriento como siempre, y con él la maldición de los orígenes, la obsesión con la pertenencia. De este modo, solo la multiplicación global e idiota de las particularidades permanece: el asesinato y el suicidio.

Es por esto por lo que la tarea que tenemos ahora entre manos no es otra que la de cartografiar la tierra inhóspita sobre la que la imaginación social ha sido inmovilizada y sometida al imaginario colectivo recombinante, ya que solo a partir de este mapa podremos avanzar y descubrir una nueva forma de actividad que, sustituyendo al arte, la política y la terapia por un proceso de reactivación de la sensibilidad, el cual permita a la humanidad reconocerse de nuevo en sí misma. “Para comprender la infinita gama de espejos del semicapitalismo, primero hemos de trazar en líneas generales un nuevo campo disciplinario delimitado por tres aspectos: la crítica de la economía política conectiva; la semiología de los flujos lingüístico-económicos; y la psicoquímica de la infoesfera, que se centra en el estudio de los efectos psicopatológicos de la explotación mental debida a la aceleración de la infoesfera” (p. 127). Se trata, por tanto, de dibujar el horizonte de la próxima alternativa, o bien una nueva forma de neurototalitarismo final o una nueva forma de humanismo transhumano. ¿Será el intelecto general sojuzgado por una máquina automática que conecte los cerebros operacionales de unos individuos despojados de libertad y singularidad? ¿O bien podrá autoorganizarse la combinación consciente de estas singularidades sensibles y sensitivas de manera que tengan cabida formas de compartir, de colaboración y solidaridad? ¿Seguirá el intelecto general codificado por la matriz, convirtiéndose en un enjambre de redes, o más bien podrá reunirse con su cuerpo social y crear las condiciones necesarias para adquirir la autonomía e independencia respecto de la matriz? De este modo, el principal campo de disputa será la actividad mental. La clave está en la imaginación, en aquella facultad que nos permite trascender los límites del lenguaje; en la habilidad para recomponer los fragmentos imaginarios (también los fragmentos conceptuales y lingüísticos) que recabamos de la experiencia del pasado. La imaginación toma los fragmentos del almacén de la memoria (que más que un almacén es una máquina dinámica de reelaboración) y vuelve a dibujar los límites y a diseñar las formas, siendo este el proceso que nos permite vislumbrar un nuevo horizonte, y proyectar un mundo pendiente de ser realizada, pues no resulta fácil armonizar nuestra respiración con el aliento cósmico, cuando se está rodeado de gente que sufre y uno se siente culpable de alguna manera de ese sufrimiento. En los últimos años, la sensibilidad artística ha estado paralizada por la sensación de superstición paranoica, la fragilidad psíquica, el miedo a la precariedad y la premonición de una catástrofe imposible de evitar. Es por lo que el arte se ha venido ocupando del suicidio y el crimen. Solo a través de la no participación y la capacidad para permanecer ajenos, para negarnos a identificarnos con el trabajo que realizamos y con nuestras condiciones laborales, solo a través del rechazo de la ética de la responsabilidad, podemos distanciarnos los trabajadores de este chantaje de la productividad. ¿Qué podemos hacer cuando no podemos hacer nada? Bifo nos propone la ironía autómatas. La ironía, eso que ocurre cuando la mente se independiza del conocimiento, tiene que ver con la naturaleza excesiva de la imaginación. La ironía es aquello que ocurre en los excesos del lenguaje que le abren la puerta a la infinidad de lo posible. Es decir, lo contrario de la responsabilidad, lo contrario de la fe. Los políticos nos conminan a que nos impliquemos en sus batallas políticas, los

economistas a que seamos responsables, trabajemos más y vayamos de compras para estimular el mercado. Los curas nos piden que tengamos fe. Si nos dejamos engañar por sus manipulaciones para que participemos y seamos responsables, estamos atrapados. Tal vez la clave pase por no entrar en ese juego, por no esperar soluciones de los políticos, por no apegarse en las cosas, por abandonar toda esperanza. La ironía distópica es el lenguaje de la autonomía. Porque resulta que solo a través de la ironía, y mediante la lúcida comprensión de la simulación yacente en el corazón del rito heroico, podría salvarse el simulado héroe de la subcultura.

Alejandro Lanchas Sánchez